

ALFREDO VICENTI

Director de "El Liberal",
goza su pluma; brillante
de respeto universal;
es maestro y general
de la prensa militante.



PERFUMERÍA

Casa bien surtida y única que prepara la tan famosa

Agua de Colonia concentrada

que se ve siempre en los tocadores elegantes.

ÁLVAREZ GÓMEZ

CALLE DE PELIGROS, NÚM. 1 DUPLICADO.—MADRID



Plaza del Angel, 10
MADRID

SIN RIVAL ES EL MUEBLE LEGITIMO DE
VIENA marca THONET

Reconocido universalmente como el más económico por su inmejorable calidad y excelente resultado. Véase antes de comprar mueble alguno el inmenso surtido que tienen en **Alcobas, Gabinetes, Salones, Despachos, Comedores, Sillerías.**

Thonet Hermanos, de Viena.

Proveedor de la Real Casa.

ESLAVA, JOYERO

Compro y vendo alhajas antiguas y modernas, perlas, esmeraldas, oro, plata y papeletas del Monte.

Montera, 40.—Madrid.

Tafilete legítimo

9 Pesetas.



Espoz y Mina, 20, pral.

Colegiata, 2, pral.

Siempre piso principal.

FÁBRICA DE CORBATAS

CAPELLANES, 12

Preciosidades en Camisas, Corbatas, Pañuelos, Guantes, Paraguas, Bolsillos, Carteras, Bisutería y Géneros de punto.

40 POR CIENTO DE ECONOMÍA

:: :: :: :: :: ::

PRECIO FIJO

COMPañÍA

COLONIAL

ESPECIALIDAD

EN CAFÉS

GRANO TOSTADO

PUERTO RICO ESCOGIDO

Grano tostado en cajas de 100 gramos á 60 céntimos.

CLASE NUEVA

4 pesetas kilo, 100 gramos 0,40

Cafés en verde
de procedencia legítima.

POSTALES

Ultimas novedades en artistas, bellezas, parejas amorosas, niños, toreros, corridas de toros y obras teatrales de éxito. Ultimamente *La Corte de Faraón, La alegre Doña Juanita y El País de las Hadas.*

En picarescas, hay preciosidades.

Se remiten por mayor á provincias.

Pídase Catálogo al editor.

JOSÉ CAMPOS

SILVA, 37.—MADRID

Bicicletas Peugeot

LAS MÁS SÓLIDAS Y LIGERAS

GONZALO R. PEÑALVER

Paseo de la Castellana, 6, duplicado.—MADRID

EL ESCUDO

DE MADRID

Por 3 pesetas
caja de 3 cuellos y 3 pares de
puños de hilo en todas
formas.

Sólo en la
GRAN FÁBRICA
DE

CUELLOS Y PUÑOS

DE
Antonio González

38, MONTERA, 38
MADRID

TALLERES DE CAMISERÍA



Se publica
los martes
GRAN ÉXITO

JULIO
23
Sábado



Madrid Cómico

Oficinas: Preciados, 17, entresuelo.

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

SUSCRIPCIÓN

En España.

Seis meses.... 5 ptas.

Un año..... 10 »

Extranjero.

Un año..... 15 fr.

NÚMERO CORRIENTE

20 céntimos.

DE TODO UN POCO

Ya ha terminado la temporada parlamentaria, que en nada se ha diferenciado de la del Circo de Parish, salvo en que el director de la pista ha sido el simpático Leonard, que sabe de qué pie cojea el público, y el del hemicírculo ha sido el Conde de Romanones, á quien le pasa todo lo contrario: es el público quien sabe de qué pie cojea él.

Por tener, ha tenido sus «días de moda», en que se disputaban los asientos de tribuna las mismas conocidas damas que llenan el coliseo de la plaza del Rey los «viernes de gran gala», y se desleían de gusto presenciando el pugilato entre Emiliano Iglesias y La Cierva, especie de Rakú (sin patatas) que, después de pasarse tres años «echando llaves» á las tabernas, á los cafés y á los teatros, como el luchador japonés las echaba de brazo, de cabeza y de pierna, ha sido zamarreado y vencido y ha tenido que confesar, también, que no es un campeón, ni muchísimo menos.

Hubo números emocionantes y de verdadero mérito, como el doble salto mortal de Pablo Iglesias, sobre un bosque de bayonetas, y los disparos de Lerroux, que donde ponía el ojo ponía la bala, y ha dibujado á balazo limpio la silueta de Maura, hasta quitarle de la coronilla la manzana de la soberbia y romperle en dos pedazos el cetro de la tiranía.

Don Segismundo también ha hecho un número sensacional; le ha pasado por encima un automóvil con una familia real y efectiva dentro y se ha quedado tan fresco.

Al público le encantan estos trabajos de resistencia.

Los ejercicios en la cuerda floja de Canalejas han sido más arriesgados que originales.

No merece la pena para caer en la vulgaridad de correr tal peligro.

Para que nada falte, ha debutado esta temporada un excéntrico parlamentario que deja en mantillas á Tony-Grice á William Graen, al gran Pichel y á todos los *virtuosos* de la pista.

Don Dalmacio ó *don Pelmacio*, como ya le llaman hasta los golfos de la calle, ¡tanta popularidad ha alcanzado!, es el alcaloide de la gracia, el *arbiter* del buen humor, la quintaesencia de lo grotesco.

Sus gedeonadas oratorias y sus payasadas clericales han sacado de quicio las ijadas del auditorio.

El régimen [parlamentario ha estado á punto de «morir de risa».

Le favorecen su figura ridícula y su voz inverosímil.

El trasnochado truco de «hacerse el muerto», D. Dalmacio lo substituye por el nuevo de «hacerse el vivo».

¡Con qué gracia ha consumido un turno de la discusión del Mensaje parodiando á los charlatanes que en la plaza de Santa Cruz venden específicos para extraer los callos!

Así como éstos, entre párrafo y párrafo escamotean una moneda ó un naípe, D. Dalmacio, entre período y período, escamoteaba el sentido común y la sindéresis.

Inimitable este *don Pelmacio*, á quien sólo le ha faltado anunciarse con letras gordas por las esquinas.

En fin, que la temporada ha sido brillante por todos estilos.

La nación se ha emocionado y se ha reído. No se le puede pedir más al Parlamento.

Mientras llega la próxima temporada, pasaremos el rato leyendo *Las hijas de Eva*, novela afrodisiaca que ha influido en el recrudescimiento de las enfermedades cutáneas, y en el encarecimiento de la vaselina.

Desde que salió la novela no se habla más que de posibles levantamientos, hasta del muerto y enterrado carlismo.

¡Oh poder galvanizador de la musa de Trigo!...

Bien es verdad que se trata de un muerto que se pasó la vida con el fusil al hombro.

Y ahora que hablo de muertos, me acuerdo del alarmante número de víctimas que la aviación está produciendo.

Jamás conquista alguna de la ciencia costó tantas vidas.

Razón tenía el sevillano inventor de un aeroplano en pedir protección del Ayuntamiento hispalense.

—Pero, ¿qué protección necesita usted, si es usted rico y ya tiene construido el aparato?—le preguntaron los concejales.

—Dinero no necesito, gracias á Dios—respondió el inventor andaluz.

—Pues, ¿entonces?...

—Necesito un hombre.

—¡Un hombre! ¿Y para qué?...

—Para que suba, porque tengo *mi mijita de escama*.

Y es para escamarse.

Como es también para escamarse este decidido propósito de la moda de atar á las mujeres por los tobillos, sin duda previendo los efectos de la última novela de Trigo.

Más que mujeres parecen *bouquets*, cuya ficción completan los enormes sombreros abrumados de flores.

Da ganas de cogerlas por los pies y colocarlas en un búcaro.

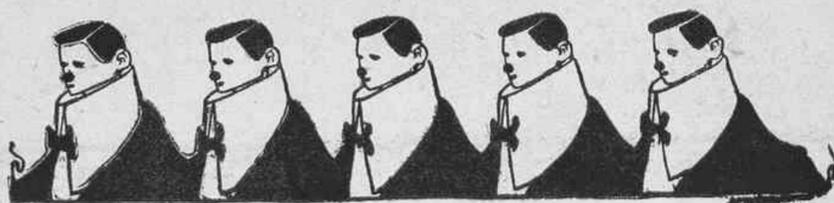
Yo no sé cómo se llamarán en el *argot* de los talleres estas faldas atadas; pero bien pueden llamarse *faldas tranquilizadoras* ó *moda del candado*, en la que tal vez ha inspirado su imprecendente ley el Sr. Canalejas.

La ley y la falda tienen el mismo defecto.

La ley, porque no expulsa á los frailes que están dentro, y deja al arbitrio de los gobernantes admitir los de fuera; la falda, porque dificulta que anden bien las mujeres, y, en cambio, las expone á dar un mal paso.

Y sobre todo, porque contra los candados, lo mismo en política y en amor que en ferretería, queda siempre el recurso de las ganzúas.

EL SASTRE DEL CAMPILLO



MÉDICO DE CABECERA, por Montagud



—¿Y qué te ha dicho el médico?
—Que tome baños de mar.
—¿Y qué piensas?
—Probablemente me iré y me vendré con él.

¡AL AGUA, PATOS!, por Ibáñez



Después de aguantar la *homilia* de Dalmacio en los escaños, ha salido á tomar baños este padre... de familia.



DESDE FRANCIA...

Biarritz 18, 7, 910.

Mi querido Director:
Llegué á Biarritz anteayer
y no puedes suponer
nada más encantador;
tanto que, desde ese día,
me encuentro tan aturdido
que á estas horas no he salido
de mi asombro todavía.
¡Oh qué *villes* y qué calles,
qué *confort* y qué elegancia!...
¡Cómo se conoce á Francia
en sus menores detalles!
¡Qué playas y qué Casino!
Aquí no ves sacerdotes.
Cocottes y más *cocottes*...
¡Divino, chico, divino!...
El clericalismo obscuro
se muestra aquí tan reacio,
que si viene don Dalmacio
se *lo cargan*, de seguro.
No te puedes figurar
la pena y la compasión
que me das tú, ¡pobretón!,
que no puedes veranear.
Yo, entre la gente elegante
lo paso divinamente,
y hago un papel excelente
porque me aprecian bastante.
¡Como que anoche bailé
y dirigí el cotillón
con la hija del Barón...
no recuerdo ya de qué!...

Gocé lo indecible, y luego,
ya se sabe, lo inmediato;
para distraerme un rato
subí á las salas de juego,
y entre dos ó tres ruletas
cada cual más tentadora,
me sacaron en media hora
¡diez ó doce mil pesetas!
Yo no me inquieté por eso
ni tú tampoco te inquietes,
porque tirando billetes
soy terrible, lo confieso.
De aquí pasará á Arcachón
luego á Vichy... ¡á la Gran Grille!
y después á Póo, á Trouville
y á Bagnères de Louchón.
Ya en España y por ceder
solamente al que dirán,
pararé en San Sebastián
y si acaso en Santander,
por más que al que ha viajado
como yo en el extranjero,
le resulta el Sardinero
muy cursi y muy anticuado.
Vaya, querido, te dejo,
pues me espera Santafé
con su 40 HP.
y su Lianna del Pulpejo,
que es una hermosa *divette*
que, á solas, se llama Paca
y que canta el: — ¡*Ya se saca,*
ya se saca, ya se metel!
Con que calcula, *gachó*,

la *juergue*, dicho en francés,
que correremos los tres...
¡pero sobre todo yo!
¡Qué vida la de esta villa
seductora de Biarritz,
y no la tuya, *infelitz*,
asado en esa parrilla!,
refrito como una anchoa
sin más fresco ni respiro
que Rosales, el Retiro,
la Bombilla ó la Moncloa.
Que pases bien el verano,
que te diviertas de veras,
y tú dispón como quieras
de tu amigo, — *Sinforiano*.

NOTA IMPORTANTE.

Aunque nuestro compañero
escribe esas tonterías
desde Francia, hace dos días
que estuvo aquí por dinero,
y ni viaja este verano
ni se mueve de su casa,
donde el infeliz se abraza
como todo fiel cristiano.
¡Ni fué á Biarritz ni á Arcachón
ni en su vida los ha visto!
Lo que quiere es darse *pisto*
nada más, — *La Dirección*.

De todo lo cual da fe,
Fiacro YRÁYZOZ.

EL ORIGEN DEL VERANEO

Una tarde asfixiante del mes de Julio, Júpiter, casi congestionado por el calor, llamó á Neptuno, dirigiéndole un urgente rayo continental exprés.

La temperatura era tan elevada y bochornosa, que el propio Vulcano tuvo que cerrar las fraguas y sentarse á la puerta de su establecimiento para esperar el paso de Eolo y pedirle un poquito de viento fresco.

Morfeo, que venía de dormir un rato la siesta, y Marte, que salía del Ministerio de la Guerra, se quejaban amargamente de la calcinadora temperatura.

Neptuno, en cuanto recibió el aviso de Júpiter, mandó enganchar su faetón con dos caballos, y en un vuelo llegó á Palacio. Júpiter en aquel momento daba las más severas instrucciones al dios Pan, porque varios dioses se habían quejado de que los panecillos estaban faltos de peso, amenazándole con cerrar las tahonas si reincidía.

Neptuno se acercó reverente á las gradas del trono, preguntando por qué se le llamaba con tal urgencia.

Júpiter le indicó la inmediata necesidad, ya que tenía á su cargo una dirección tan importante como la de las Aguas, de buscar en los mares alivio á los horribles días de la canícula.

Neptuno, sin pérdida de tiempo, recorrió todos sus vastísimos dominios acuáticos, encontrando á los pocos días una playa encantadora, fresca y tranquila.

Mercurio, que se quejaba de lo mal que iba su comercio en el verano y de lo que bajaban las ventas, vió con claridad y buen instinto dónde estaba el negocio, y construyó un elegante balneario, formando una pequeña orquesta de ziganes con las nueve musas.

Al frente del establecimiento puso como médico-director á

Hipócrates, que entonces prestaba sus servicios inestimables en una Casa de Socorro.

Efectivamente; al poco tiempo, todos los dioses de buena posición se trasladaron á tan delicioso punto de recreo, siguiendo á la corte olimpica, que por primera vez abandonaba su residencia augusta.

Júpiter, del brazo de su esposa Juno, paseaba todas las tardes por la playa, luego se sentaban sobre una roca, ella hacía encaje de bolillos y él leía novelas eróticas de Felipe Trigo.

Orfeo daba conciertos con un magnífico acordeón en la sala del balneario ó en la *kermesse* de Ulises, después se bailaba, dirigiendo los cotillones la propia Terpsicore, á la sazón en lo más espléndido de sus gracias.

Apolo recitaba poesías, Adonis bailaba el garrotín y Castor y Polux hacían juegos malabares. Las veladas se pasaban en animación y jolgorio constante. Así, que del calor, maldito si se daban cuenta.

Baco tampoco perdió el tiempo, pues en el *tupi* que estableció despachaba buena cantidad de copas, medias copas y latas de sardinas.

Venus, como siempre, era la reina de la moda. Cuando entraba en el mar y zambullía la escultura de su cuerpo, los gemelos de los mirones la acribillaban, momento de distracción que aprovechaba Caco para hacerse con unas cuantas carteras y relojes.

El movimiento veraniego tomó desde entonces tal importancia, que al año siguiente Apolo imaginó la sección de *Ecos de sociedad*, en una revista fundada por Minerva, para ocuparse de los que venían á aquel delicioso sitio de verano, y hasta se organizaron trenes de recreo.



Este fué el origen de la costumbre de veranear.

Las verbenas, en cambio, tienen menos gloriosa tradición. No son olímpicas, son romanas.

Cerca de las orillas del Tiber, en una extensa pradera, que como un tapiz se extiende delante del barrio de Transtevere, en el que vivía la gente del bronce, gladiadores del circo, que tenían sus apoderados como hoy los toreros, bestiaros, esclavos manumitidos de buenas casas, etc., se colocaban puestos de rosquillas de Civita-Vechia, de la verdadera viuda de Cornelio; de cráteres de barro de Fiésole; de higos de Libia, en dulce; pitos con flores artificiales, que construían las vestales en sus ratos de ocio; matasuegras ingeniosísimos, innumerables tabernáculos donde se vendía el chipre con seltz, tíos vivos pintorescos con inscripciones de ¡*A Roma por todo!* ¡*A las Galias!* ¡*A Cartago!* ¡*A la Bética!* etc., en los que siempre había numeroso público, compuesto de centuriones de la reserva, soldados de las legiones francos de servicio y siervas de las casas más principales. La brillante banda del Hospicio romano amenizaba los intermedios, y había fonógrafos ambulantes impresionados por Cati-

lina, Cicerón, Ovidio, y romanzas de barítono cantadas por Nerón.

Los patricios bajaban á la pradera en carros adornados con guirnaldas.

Tiberio Graco, al frente de las turbas, entraba, como siempre, alborotando; y cuando acertaba á pasar una romana de libras, tendía la clámide en el suelo para que la pisara, y le decía jactancioso:

—¡Ríete de Cleopatra! ó ¡vales más que un triunvirato!

Á los que convidaban los llamaban *paganos*, y *gentiles* á los que presumían de guapos.

La verbena romana era la apoteosis del buen humor, y al amanecer no era extraño encontrarse con un respetable patricio que volvía á su casa en un estado intransitable.

El sereno que tenía que conducirle hasta el propio tálamo, solía exclamar: —¡Qué *César augusta* la trae el cónsul del 1!

Por eso estoy conforme con los que dicen que las verbenas han venido muy á menos.

Luis GABALDÓN

TIPOS PROVINCIANOS

No es sólo en Madrid donde encuentra el cronista tipos curiosos, dignos de la publicidad; también en provincias los hay curiosísimos, y no hay sino darse una vuelta por estas provincias de Dios para encontrarlos á racimos.

Muchos he visto durante mi breve estancia en esta simpática ciudad de Málaga, que quizá algún día daré á conocer á los lectores de MADRID CÓMICO, si es que algunos tienen la abnegación bastante para leer mis artículos. Hoy me voy á limitar á la presentación de uno de estos tipos, que es el que más ha llamado mi atención.

Es el señorito aficionado al teatro; pero no el aficionado á ver las funciones que *echan* los cómicos, como él dice, no; es el aficionado al edificio del teatro.

Este tipo tiene algo de gato, porque, como estos felinos, no le toma cariño á las personas, sino á la casa en que viven, y él puede decirse que no tiene otro hogar que el modesto templo de madera levantado á Talía.

Por las mañanitas temprano, apenas los vendedores de pescado y los pianos de manubrio han empezado á quitar el sueño á los que pacíficamente están entregados á él, nuestro hombre se dirige al teatro con paso presuroso, temeroso de llegar retrasado al primer ensayo.

Claro es que siempre llega con tiempo más que suficiente, y que suele no encontrar en *su casa* más que á las mujeres que barren y friegan todas las mañanas, porque ya es cosa sabida que á los ensayos, y más á estos ensayos matutinos, el único que llega siempre á tiempo es el que no tiene nada que hacer en él.

Mientras el maestro de coros zurra el piano, y el coro, que suele saber tanta música como yo Derecho Canónico, tiene que repetir setenta veces para que se le quede grabada la frase en la cabeza:

Hoy es en el pueblo
día de emoción;
hoy se casa el hijo
del señor Ramón...

el aficionado toma su café con tostada, del cual van bebiendo sorbitos las que van teniendo compases de espera.

Una hora después suele ensayar el coro de hombres, todos los cuales se han ido tomando, al entrar en el ambigú del teatro, una de Cazalla por cuenta del madrugador amigo, y éste vuelve á pasar otro horita escuchando en otro tono y con otra voz más desagradable:

Hoy es en el pueblo
día de emoción...

Pero ya se ha pasado la parte mala de los ensayos; ya puede irse á su casa el aficionado para almorzar de prisa y corriendo y volver al teatro á la una en punto.

No hay miedo de que falte; antes faltaría el apuntador, que es el más necesario para los ensayos de esta hora, que son los de los libros.

Como á estos ensayos va llegando todo el mundo acabado de almorzar, ya sabe este tipo lo que le espera: ir convidando á café á todos los artistas que van llegando. A las mujeres jóvenes, por propio impulso y por un deseo natural de tener amistad con ellas; á los padres ó maridos de las mujeres jóvenes, porque no puede prescindir de este convite para no significarse, y á los hombres, porque con ellos habla de las mujeres jóvenes, y cree que lo ponen en posesión de sus secretillos amorosos, mientras en los descansos juega con ellos al dominó unos cigarros puros, que, naturalmente, siempre pierde.

Este tipo es siempre el que interrumpe la calma augusta que los directores quieren imprimir á un acto tan solemne como el del ensayo. Él es el que hace reír á las niñas con sus majaderías en los momentos más interesantes; él es el que entretiene con sus estupideces á los artistas para que no salgan nunca á tiempo; él es el que cruza el escenario con alguna cosa rara puesta sobre el sitio en que los demás tenemos la cabeza, para provocar la hilaridad de la compañía y estropear el efecto más bien ideado y con más esmero preparado; él es, en fin, el que obliga al director en más de una ocasión á maldecir de todo lo humano y lo divino y á mesarse los cabellos con desesperación ante la perspectiva de suspender el ensayo ó agarrar al aficionado por las solapas y ponerlo en la calle, después de haberle dado una puntera en... bueno, en el sitio en que suelen propinarse las punteras.

Pero, ¿quién le dice nada?

Porque este tipo, que es perfectamente real, y no creación de la fantasía del cronista, está abonado á diario á las cuatro secciones, y en su butaca de la fila primera ve cincuenta noches las mismas obras; es el que inicia siempre los aplausos; es el que ofrece su butaca á la empresa para salir de cualquier compromiso; es el que manda llevar de su casa cuantos muebles ú objetos son precisos para la representación; es el que compra á las coristas medias, zapatos y pañuelos cuando las obras los exigen; es el que hace regalos en todos los beneficios; es el que cada noche convida á cenar á una tiple, que va acompañada de sus padres, su criada y sus hermanos pequeños, y es, en fin, el que se considera pagado de todos sus sacrificios con que los demás espectadores vean que es amigo de los artistas y que éstos se sonrien alguna vez con él desde la escena.

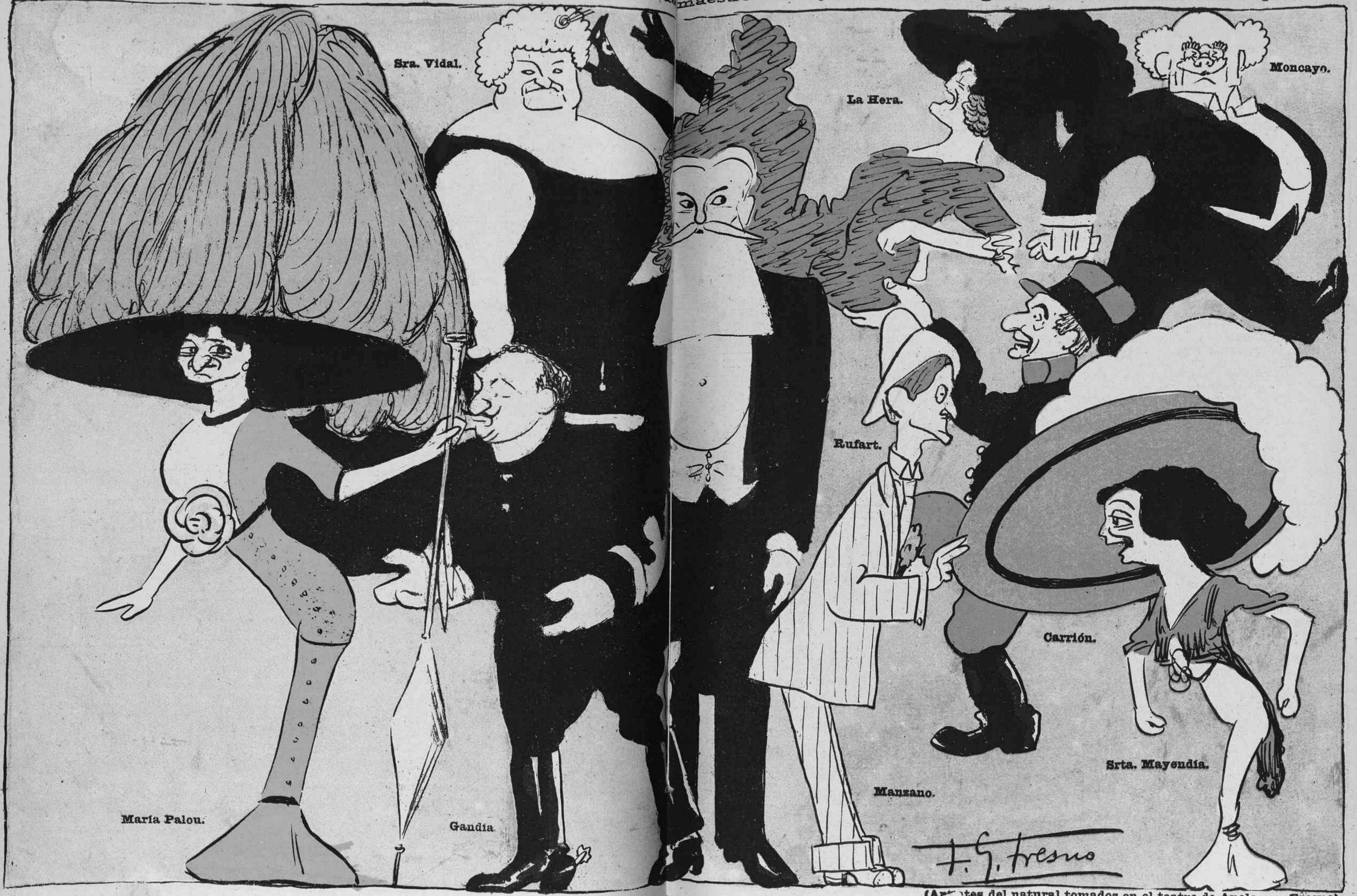
Verdaderamente, es tan poco lo que exige, que hay que concedérselo.

¡Y así se considera feliz este tipo! Y por las noches se acuesta siempre con la satisfacción del deber cumplido. A veces llega á molestar y á poner á la gente nerviosa; pero, ¡es tan primo!

Antonio LÓPEZ MONIS

LA REINA MIMI

Opera en tres actos, libro de los Sres. Perrin y Palacios, música de maestro Vives, estrenada con gran éxito en el teatro de Apolo



Sra. Vidal.

Moncayo.

La Hera.

Rufart.

Carrión.

Srta. Mayendia.

Manzano.

María Palou.

Gandía.

F. G. Fresno

(Aspectos del natural tomados en el teatro de Apolo, por Fresno).



¡VOZ DEL PUEBLO!...

Contrajo matrimonio Federico
con una preciosísima morena
de negros ojos, de risueña boca,
de hermoso cuerpo, de gentil presencia.

Y más enamorado cada día
de la mujer aquélla,
hubiera dado el pobre Federico,
por el menor capricho de Teresa,
juventud y esperanzas, y alma y vida,
y honores y riquezas.

Una noche volvió temprano a casa,
feliz, alegre, sin ninguna pena,
cantando los *couplets* intencionados
de una popularísima zarzuela.

Entró en su dormitorio de repente
y, ¡horrible decepción! ¡fatal sorpresa!...
allí estaba su amor y su ventura,
allí estaba su esposa, estaba *ella*,
borracha de pasión, desmelenada,
en todo el esplendor de su belleza
y en los brazos de un hombre, ¡de un cobarde
que no tuvo el valor de defenderla!

La impresión fué espantosa; Federico
sintió helarse la sangre de sus venas,
vió hundirse para siempre su alegría,
deshacerse ilusiones y promesas...
y ciego de furor, loco de rabia,

cogió el revólver, extendió la diestra...
¡y el rayo mismo lo creyera poco
para matar a la mujer aquélla!

— ¡Bien! — dijo la opinión al otro día —
es un caso de honor, ¡que se le absuelva!
Si sorprendió a su esposa con su amante
hizo bien en matarla, ¡está bien muerta!

Poco tiempo después, otro marido
llegó a encontrarse en situación idéntica;
también este infeliz amó a su esposa
y la creyó también honrada y buena,
y cuando la encontró con un amante
también tuvo el revólver en la diestra.

Pero no la mató; por el contrario,
en un supremo arranque de grandeza,
recordando que Cristo
manda que perdonemos las ofensas,
abrió los brazos, generoso y noble...
¡y perdonó a su infame compañera!

Y dijo la opinión en grito unánime
que ensordeció la tierra:

— ¡Valiente calzonazos estás hecho.
¡En cuanto te descuides, te la pega!

Ramón ASENSIO MAS

LO DE TODOS LOS AÑOS

I.

— ¡Caramba, D. Filemón! ¿Qué hace usted aquí sentado en la
acera con el calor que hace?

— ¡Hay, amigo mío! Estoy desde las seis de la mañana en esta
misma postura esperando que abran la oficina para sacar mi cé-
dula personal.

— ¿Pero no han ido a llevársela a su casa?

— Le diré a usted. Hace dos meses y medio estuvieron una
mañana, pero yo no me pude presentar porque tenía un flemón
y no quise que me vieran con la cara inflamada, y ahora hace
quince días que vengo aquí y no consigo el precioso documento.

— ¿No se lo quieren dar a usted?

— No es eso; es que no he conseguido entrar en la oficina,
porque siempre llego tarde; así es que hoy me he venido a las
seis de la mañana.

— ¿Y no se ha desayunado usted?

— Sí; me he traído una onza de chocolate crudo y estoy es-
perando que pase un panadero para comprarle una rosquita. No
me muevo de aquí por miedo de que me cojan el puesto.

— Vaya, pues que tenga usted *una hora cortita*.

— Tantas gracias. Oiga usted, ¿va usted hacia la calle del
Gato?

— Sí, señor.

— Pues haga usted el favor de subir a mi casa y decirle a mi
mujer que me mande por la portera el almuerzo, y adviértala
que me ha visto y que estoy resignado y sin novedad.

— Será usted servido, D. Filemón.

— ¡Ah! también le ruego que la diga que me mande el bote
del bicarbonato, porque empiezo a sentir el flato ardiente.

— Serán hechos sus encargos. Quede usted con Dios.

— ¡Vaya usted con Él!

II.

— Ya empieza a llegar gente... ¡Cómo se conoce que hoy es
el último día!...

— Hombre, haga usted el favor de no empujar, que todos ca-
bemos... Señora, tenga usted la bondad de bajar esa sombrilla,
que me está usted metiendo por el cogote una varilla y me hace
cosquillas.

— El que quiera comodidades que se vaya a su casa.

— No es que quiera comodidades, señora, ¿sabe usted? Es que
no he venido aquí para que me martiricen. Bastante martiriza-
do estoy desde las seis de la mañana sin ver a mi familia.

— Tenga *pacencia*.

— Ya la tengo... ¡Demonio! ¡Hay que ver el calorcito que
hace!

— Sí, sí, y el que hará, porque ahora empieza a dar el sol en
esta acera.

— Esto sólo nos faltaba. ¡Si pudiera meterme en el portal!...
Probemos... ¿Qué dice esa portera? ¿Que nos vayamos a la ca-
lle? ¡Pero mujer, si nos estamos achicharrando!

— ¡Dejen ustedes el portal libre!



—Bueno, saldré á la calle, pero usted será responsable si me da una congestión.

—¡Que baile ese tipo!

—¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

—¡Desvergonzados! ¡Grosos! ¡Mal olientes!

—¡Que baile ese sér accidentado!

—¡Ordinarios! Si no fuera por perder el puesto, le daba un puntapié á ese hombre que está en la cola. No he visto gente peor educada. Y todo porque he cogido el primer puesto; pues fastidiarse y haber madrugado, como he hecho yo... ¡Señora, señora, no me empuje, mire usted que están abusando de mi paciencia y si se me sube la sangre á la cabeza!...

—¡Pum! que estalla.

—¡Granujas! ¡Mal educados!... Vaya una mañanita que estoy pasando por culpa de la maldita cédula... ¡Pues, señor! ¿Cuándo se abre esta oficina?... ¡Si van á dar las dos de la tarde! Mire usted que es triste cosa esto de pasarse aquí á pie firme ocho horas para comprar un papelucho, que después de todo no me sirve para nada... ¡Por vida del Gobierno!... ¡Pero cuándo se abrirá el despacho!... ¡Habrà muerto el recaudador!... ¡No empujar!... ¡María Santísima! ¡Qué pisotón me ha dado este bruto en el juanete! ¿No tiene usted ojos?... ¡Ay! ¡ay! No pegue usted encima.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Guardias!, que este hombre me maltrata...

III.

—¡Gracias á Dios! Por fin han abierto, van á cesar mis angustias; voy á conseguir lo que tanto ambiciono...

—¿Se puede pasar?

—Pase usted.

—Con su permiso. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, bien. Menos preguntar y al grano. No estamos para perder el tiempo.

—Está bien; no se enfaden ustedes.

—Yo venía por mi cédula.

—¿Cómo se llama usted?

—Filemón Almejillá de la Ensaladera; calle del Gato, número 25, piso cuarto.

—Gato, Gato... ¿Ha dicho usted Gato?

—Sí, señor; pero no ha sido mi ánimo ofender en lo más mínimo á ustedes.

—Pues aquí no podemos darle la cédula. Retírese y que pase otro.

—¡Pero, Dios mío! ¿Por qué?

—Porque no está usted empadronado.

Don Filemón, palidece; después se lleva las manos á la cabeza y cae redondo sobre el recaudador...

Emilio TABOADA

¡¡ UN BUEN CONSEJO !!

¡Pobres mujeres, qué mal lo pasan!
¡Dignas son todas de compasión!
¡Son desgraciadas desde que nacen
y hasta que mueren, víctimas son!

Todas llorando vienen al mundo,
y apenas hacen su aparición
ya están los hombres atravesando
sus orejitas con un punzón.

Pasan los años y si son feas
¡cuánto padece su vanidad!
Por el contrario, si son bonitas...
¡¡si son bonitas padecen más!!

Porque los hombres las acorralan
y las acosan sin caridad
y todos piden lo que más vale
¡ay, pobrecita la que lo da!

Á las delgadas las ponen tibias
y á las obesas ¡vaya calor!
y á las salidas... á las salidas
de los teatros es un horror.

Yo siento pena de las mujeres;
pero una pena noble y leal,
porque realmente son desdichadas
¡ellas, que tanta dicha nos dan!

Las engañamos y nos reímos;
engañan ellas y ¡oh qué maldad!
¡Ley del embudo, bien se conoce
que por los hombres dictada estás!

Si una muchacha nos interesa
la perseguimos con pesadez.
Si á ella agradable le es un muchacho
debe callarse, pues no está bien.

Quando un noviazgo pasa á mayores,
la falta, amigos, ¿en quién se ve?
Quando un casado tiene disgustos
¿con quién los paga? ¡Con su mujer!

Al hombre todo se le permite,
y él que es el fuerte y el varonil,
puede ser débil cuando le place
y hacer trastadas aquí y allí.

Ellas, en cambio, ¡pobres mujeres!
Siendo tan tiernas en el sentir
han de ser fuertes como murallas
y no escurrirse ni tanto así.

¡Ah... si á los hombres les obligaran
á estar encinta y á dar á luz
y á limpiar platos y á fregar suelos!...
¡¡Cuánto hablarían de su virtud!!

¿Veis por lo dicho, lectores míos
las desventajas de ser mujer?...
Pues con ser tantas, más se las buscan
con su dichoso modo de ser.

Porque soportan males en tonto,
y en su calzado y en su vestir
con tal, lectores, de ir á la moda
sufren gustosas torturas mil.

Me da una pena cuando á la calle
mujeres guapas me voy á ver
¡esos sombreros y esos zapatos
y esos vestidos y esos corsés!

Las hay que calzan á lo Luis XV
y altas parecen, ¡vana ilusión!
Llegan á casa, y en zapatillas
¡qué desencanto!, son un tapón.

Las hay que llevan trajes atados
por las rodillas, y al ir á andar
¡hay que fijarse qué tipos hacen!
¡Parecen globos á medio inflar!

Pues y esos golpes de sombrerito
que se contemplan desde un balcón
é ingenuamente dice cualquiera:
«Por esa calle va un velador».

Mas ¡ay! de todas cuantas rarezas
y extravagancias me toca ver,
nada me indigna, lectores, tanto
como la moda de los corsés.

¡Yo eterno apóstol del amor libre!
¡Yo que he soñado—que ya es soñar—
con cuerpos sueltos completamente
como caballos en libertad!

¡Yo que en mi casa soy casi moro
y en pipa fumo como un Sultán
y me he hecho un manto que quita el hipo
con una colcha de mi mamá!

¡Yo el hombre libre por excelencia!
¡Yo que en la Grecia debí nacer!...
¡¡Ver á las damas de mis ensueños
enchiqueradas en un corsé!!

¡Del talle esbelto las puras líneas;
de las caderas la esplendidez;
pecho y espalda, brazos y piernas
(y si me apuran manos y pies!)

¡Cuanto compone las buenas formas
de una morucha piramidal,
en ese inventó de los demonios
de mala forma metido va!

¡Niñas bonitas! ¡Yo os aconsejo
si vuestro cuerpo queréis lucir
sin que las cintas y las ballenas
rojas señales le hagan sentir!

¡Yo os aconsejo con toda el alma
que hagáis pedazos vuestro corsé!
¿Queréis, chiquillas, que yo os lo rompa?
¡¡Pues duro, niñas, y á la cabé!! (1).

Javier DE BURGOS

(1) Y-a l'acabé... la poesía, digo.

EN EL CASINO, por Cyrano



«...Y no te escribo más porque detrás de mí hay un fresco que me figuro que me está leyendo la carta.»



— ¡Miente usted, que no leo!

CONSEJO HIGIÉNICO, por Almoguera



-- Adiós, Pepe, y líbrate de beber agua.
-- ¿Por qué?
-- Porque produce cólico sobre las sardinas.



SU FLOR

Qu
ha dicho un grande poeta.
Voló la flor de mi novia
más alto que una veleta.

(Cantar popular.)

Se me antojó cierto día
una flor que poseía
la hermosa á quien adoraba,
que era pura y se llamaba
como la Virgen: María.

Aunque un punto vacilé,
tal mi afán era por ella,
que al fin me determiné,
y mis deseos á la bella
emocionado indiqué.

Al principio se negó.
Resueltamente que no
me dijo, frunciendo el ceño,
mas fué tan grande mi empeño,
que poco á poco cedió.

Su voluntad conquistando

iba; mi amada su enojo
más y más dulcificando,
y yo la flor alcanzando,
si la cojo ó no la cojo.

En la dulce lucha inerte
quedó la que fué mi vida,
pues comprendió que es la suerte
en lides tales del fuerte,
y se declaró vencida.

Las fuerzas al recobrar
miróme con triste encanto,
y sin poderlo evitar
sintió en sus ojos temblar
las limpias gotas del llanto.

Y como si de improviso
el pecho un puñal la hiriese,
exclamó en tono conciso:
—¡Ay, Jesús, qué compromiso,
si mi madre lo supiese!

Ella que tanto ha guardado

tesoro tan estimado,
flor de tan rica belleza,
¿cuál no será su tristeza
si sabe lo que ha pasado?

Consolé sus amarguras,
y mi persuasivo acento
la hizo ver que las venturas
las suele llevar el viento,
como las flores más puras.

Hoy María está casada,
y siempre cuando me ve,
baja al suelo la mirada,
y, en verdad, no sé por qué
se pone muy encarnada.

Y con voz, que su temor
y sus angustias define,
exclama, ardiendo en rubor:
¡Por Dios, que nadie adivine
que te llevaste la flor!

Pedro BARRANTES

DE LA LENGUA

Á una amiga.



ON esa lengua encantadora, que si pide cotu-
fas al golfo las obtiene, me ruega usted, mi
buena amiga; un artículo acerca de la len-
gua...

Por complacer á usted, ¿qué no dijera de
ese importante órgano muscular? Mas, como
para hablar de él—dada su complicada es-
tructura y las funciones orgánicas que des-
empeña—es condición *sine qua non* ser tan
consumado anatómico como buen fisiólogo, ha
de perdonar usted me excuse en esta ocasión,
ya que yo tenga de ambas profesiones lo que
usted de fea... ¿Lo ve usted?... No hago más
que mentar la sin hueso, y ya se me va la
lengua.



Y es que la lengua, amiga mía, es una loca
de atar, con la que hay que tener celo exce-

sivo; pues al menor descuido, y cuando más segura se la juzga,
se larga inconscientemente á paseo.

Sin duda por esta razón temo yo tanto la lengua propia
como las extrañas, y muy singularmente la de usted; porque
sin ser ninguna mala lengua, no se da punto de reposo, buscan-
do por todos los medios la mía.

Á este propósito debo consignar, para que no me siga usted
tirando más de ella, que escribiré en obsequio á usted algo re-
lacionado con la misma; significándole al propio tiempo que,
como yo no tengo pelos en la lengua, y mucho menos me la
muerdo, he de decir explícitamente lo que acerca de ese móvil
cuerpo se me ocurra.

Y ahora, para que usted se la relama de gusto, réstame sólo
añadir: ¿quién se niega á los amables requerimientos de una mu-
jer? ¡Tente, lengua! Necesidad y nobleza obliga.

Sucede con la lengua, amiga mía, tres cuartos de lo mismo
que con las piernas, que habiendo sido creadas para andar, á
causa de los mil medios de tracción, locomoción y aviación, se
anda tanto en éstos como con ellas—aunque yo siga creyendo
que se anda y se corre más con el pensamiento—que así podrá
usted observar, respecto al órgano destinado entre otras funcio-
nes á la de la articulación de la voz, cómo lo restringimos y
coartamos; ya que con el telégrafo eléctrico, óptico y sin hilos,
al igual que con él nos comuniquemos; lo cual—conviene espe-
cificarlo—no envuelve implicación de que no continuemos ha-
blando por los codos, al extremo de prorrumpir á cada instan-
te...—¡Dios mío, qué lenguas de trapo! ¡Jesús, qué lenguas!...

Esta maquiavélica é intencionada parrafada no es, en puri-
dad, amiga mía, más que una maquinación, ó cuando menos, un
medio insinuante de albergar en su ánimo la persuasión de que
aún se debiera hablar menos; pues tengo para mí que en la po-
sibilidad de la mudez radica la fuente de nuestro bienestar, ya
que no haya un solo sér, que á la humana progenie pertenezca,
que no se haya perdido y se pierda por la lengua...

En efecto, por abusar de ella, esto es, por no usarla restricti-
vamente, nos metemos en donde no nos llaman, hablamos de lo
incognoscible, defendemos la utopía, negamos la evidencia, in-
quirimos sin causa, mentimos por placer; y por no darla tregua
ni un momento, murmurando, criticando y calumniando nos
pasamos esta pícaro vida.

Así echará usted de ver cómo una palabra de más, una sim-
ple interjección, un concepto obscuro, una idea nueva, un *lapsus*,
una ironía, un idiotismo, y acaso una triquiñuela ó una sandez,
son la causa inagotable y perpetua de discusiones que en riñas
degeneran; de riñas, que en pendencias se convierten; de pen-
dencias, que en dramas se terminan...

Y es que la lengua, mi buena amiga, es un arma de tan po-
deroso alcance que, cuando se nos dispara, rara vez observamos
á dónde irán á parar sus proyectiles.

Empero, ¿no le parece á usted que ya que como arma la uti-

emos, sólo debiéramos emplearla para el bien? ¿Por qué si no critica más que elogia? ¿Por qué niega más que afirma? ¿Por qué ataca más que defiende? ¿Por qué sin dientes muerde, sin uñas araña y sin garras despedaza?

Porque siendo «la más fiera de las fieras», á tanto llega en sus ataques y procacidades, que quizás por no bendecir á su Creador, lo disputa, lo maldice y lo niega...

Por estas y por otras elaciones castigó Dios á los sucesores de Noé con aquella célebre confusión de lenguas, en la que todos hablaban y ninguno se entendía.

¿Cree usted que si los constructores de la torre de Babel supieran, lo que ambos no ignoramos, que otras torres más altas se cayeron, acaso no se hubieran disuadido de su empeño?

Lo esencial y maravilloso del caso está, á mi juicio, en que aún hoy sigamos pagando sus descendientes las terribles consecuencias de aquel acto, ya que aquí, hablando todos un mismo idioma, no acertamos jamás á entendernos.

Bien que en esto de las lenguas suceden á menudo los más estrafalarios y originales casos; que así verá usted cómo un francés y un alemán no llegan á entenderse, y una alemana con un francés, ó viceversa, se entienden fácilmente.

Y es que ustedes, que pasan por los seres deslenguados por excelencia, no necesitan hablar para entenderse; pues con una mirada, y á veces un solo guiño, dicen ustedes más que lo que con la lengua pudieran expresar.

Bueno es hacer constar á este respecto que nunca los enamorados son más felices que cuando se hablan con los ojos ó por señas, pues cuando empiezan á enseñarse la lengua, y saca cada cual á relucir la suya, terminan por donde debieran empezar, por no hablarse.

Y tocando á otro punto: ¿quiere usted explicarme, amiga, el por qué gozan ustedes del concepto de deslenguadas y malas lenguas? ¿Quisiera oyerá usted la de ciertos hombres! Con la agravante, de que no teniendo en este sentido que argüirse nada un sexo á otro, los hombres debiéramos emplearla en más altos fines, ya que ustedes, ¡pobrecitas!, no poseen otra arma de defensa que la lengua.

En suma, mi querida amiga, tengo tal pésimo concepto de la maldita sin hueso, que me atrevo á asegurar, oficiando de médico y sin haberlas visto todas, que no hay una que no esté *cargada* del *virus* emponzoñado que nuestro espíritu le infiltra.

Todas son, no lo dude usted, lenguas de trapo, de escorpión y

viperinas. Témalas por igual y ni de la propia se fie; porque como los perros de Zurita, que no teniendo á quién morder, á sí mismos se mordían, á veces se revuelve contra sí misma.

Huya usted de la del barbero, de la de la criada, de la del charlatán y de la de ciertos irresistibles oradores; no crea absolutamente en ninguna—todas prometen lo que no cumplen—; y abrigue la seguridad de que por mucho que usted busque sólo encontrará una lengua encantadora, que no es precisamente lengua, ni tampoco en todas ocasiones agradable... me refiero á la media lengua de los niños.

Y pues no existe una buena, ni haya posibilidad de encontrarla, ¿por qué no impetra usted de Dios otra nueva Pentecostés, de finalidad distinta, para que al abrirse las bocas de todas las malas lenguas, se introduzcan las de fuego en ellas, abrasándolas *in æternum* ?

Y ahora, inolvidable amiga, cúpleme para terminar hablarle de una otra lengua; pero verá usted por qué de ella no le hablo, aunque la tenga en la punta de la lengua...

Conoci á una señora ¡lengua de trapo! que tan constantemente se iba de la lengua que no proporcionaba á su pobre marido más que sinsabores y disgustos.

Con el plausible objeto de refrenársela, hablábale el pobre señor diariamente al alma; pero ella, haciendo caso omiso de sus exhortaciones, homilias, advertencias y consejos, continuaba hablando por los codos, por las narices y por señas; en fin, por todos cuantos medios estaban á su alcance.

Por si esto no le bastase, fundándose en lo bien que ejecutaba el violín, decía, que si se proponía lo hacía hablar...

Y en cierta memorable reunión, de la cual aún hoy los asiduos contertulios nos hacemos lenguas, cuando su marido, no pudiendo resistir por más tiempo la terrible matraca, exasperado y en el colmo de la ira quiso arrancarle la lengua, la muy procaz y cínica respondióle con flema imperturbable:

—¡No me hagas hablar... porque si no!...

Pues esto es cuanto yo le suplico á usted, amiga encantadora, que no me haga usted hablar; porque la lengua téngola yo comparada á un humilde y pobre riachuelo que, ora desliza sus aguas con suave y encantador murmullo, ora se desencauza y desborda á modo de torrente cuando se le hace hablar lo que no quiere, lo que no puede ó lo que no debe.

Alfonso RODRÍGUEZ ROUCO



Los radicales vienen quebrándose la cabeza para encontrar un homenaje digno de su grande amigo Alejandro Lerroux, cuyo discurso del Congreso les ha dejado bizcos.

A este fin han abierto un plebiscito, y cada correligionario vierte su «ideica».

Desde que se le nombra jefe de todo el partido republicano español hasta que se le retrata en postal para que los correligionarios puedan tener la *imagen* de Lerroux con igual facilidad que la fotografía de una cupletista, apenas si ha quedado nada por proponer, incluso el inevitable banquete, que se celebrará hoy sábado, sin perjuicio de *lo otro* .

¡Señor! ¿Qué será al fin *lo otro* , el estupendo homenaje? ¡Si acabarán los republicanos por rifar un beso del *emperador* Lerroux! Más gentil que Sánchez Guerra si que lo es, y eso lleva adelantado para que el homenaje alcance un éxito *sonado* .

Aguilera ha dicho en el Senado que pronto habrá cólera, si no tratamos de conjurar el peligro.

Esto nos faltaba, aunque no nos cojerá de susto.

Vivimos entre cóleras.

La cólera de Alanís, la cólera de los republicanos, la cólera de Moret, la cólera del Vaticano...

Y no se hable de los *cines* , porque allí, con el calor que nos liquida, los casos son verdaderamente graves. Fulminantes todos.

Un nuevo crimen hay que registrar en la calle de los Artistas, célebre por las escenas de sangre que suelen desarrollarse en dicha vía. El galán de turno obsequió á la mujer predestinada con dos tiritos románticos pero certeros, y tomó el olivo.

El homicida fué visto en la Ciudad Lineal, y esto bastó para que un policía avisado se situase en la *voladora* del Parque de espectáculos, seguro de atraparle.

Es lo que él diría:

—Como no sea por aquí, ¿por dónde va á volar el pájaro?

Otra vez será. El amiguito ha sido preso en Colmenar de Oreja... ¡A seis pasos de la Ciudad Lineal!

Correspondencia particular

Yo.—Coruña.—Pues oye, tú. Ese cuento es viejo; pero, en cambio, está ramplonamente contado, y váyase lo uno por lo otro.

Chilo.—Sevilla.—Sus *relámpagos* son una verdadera tormenta literaria. No convienen ni al peso.

L. V.—Valencia.—¡Olé los frescos plagiando las caricaturas de MADRID Cómico!

P. L.—Córdoba.

Las de usted no están plagiadas, pero ¡caray! qué bobadas.

E. G.—Valladolid.—No hace falta el domicilio. Basta con que dirija usted el sobre á los empresarios de ese teatro. ¡Lo saben las madres!

D. C.—Madrid.—El romance no es un asombro precisamente. ¡Y es soso el pobrecito!

No se devuelven los originales.—Diríjase toda la correspondencia al Apartado de Correos, núm. 359.

IMPRESA DE EDUARDO ARIAS, SAN LORENZO, NÚM. 5, MADRID.

PARISIANA

MONCLOA

ALMUERZOS... 5 pt
CENAS..... 6



FIVE O'CLOCK TEA

BANQUETES

NOVA DIRECCIÓN.

FIESTAS

RENDEZ-VOUS

ELEGANT.

Montagud

Dibujo de Montagud.